

LLUVIA SOBRE TU ESPALDA

Moría de sed de tu cuerpo en el lento letargo
de aquel mediodía de estío.

Silencio de siesta: el calor
mecía despacio la tarde incipiente
al lado del agua.

De fondo, un azul de piscina:
desnuda y tumbada en la hierba,
tomabas el sol.
Con todo aquel fuego,
mi pobre estatura
estaba conforme teniendo los pies en el agua.

De pronto, sutiles aromas de piedras etéreas,
la tierra mojada ocupando la atmósfera,
el gris petricor...
y yo, junto a ti, percibía en tu espalda brillante y cobriza
el lento teñir de las nubes
que van arrastrando su pago
de tantas y tantas tristezas.

El sol se ocultó por completo detrás de las nubes grisáceas.
La lluvia incipiente, que antes de suelo —podría decirse—
se hacía vapor,
sabía ser vista en la calma piscina.

Ni el lento llover, ni los truenos, relámpagos...
pudieron turbar tu quietud:
La lluvia cayó lentamente
haciéndose río en tu espalda,